

El quebranto de la cotidianidad

Salvador Rueda*

La historia que voy a contar, de la que soy testigo y ahora hago memoria, comienza el día de la Candelaria de 1974. El sexenio de Luis Echeverría llegaba a su segunda mitad, y se debatía entonces sobre la denominada “apertura democrática” y acerca del enorme peso de la autoridad gubernamental en la vida civil, tan grande que el ámbito de lo público apabullaba los espacios de lo privado. En medio, grupos de la llamada guerrilla urbana daban algunas notas periodísticas para discutir o espantarse —buscando parecernos a la Italia de las Brigadas Rojas antes del caso Aldo Moro, tal vez por esa suerte de conjuro contra el sentimiento de inferioridad al sentirse dentro de las “corrientes del mundo”—, lo mismo que se tenían noticias menos explicables que recordaban, aunque fuera en penumbras, que había fronteras políticas que no se podían rebasar sin que las costumbres punitivas no escritas del Estado mexicano entraran a cumplir su fatal juego: crimen y castigo en los sótanos de la Revolución, para robarle la frase a Héctor Aguilar. Tal fue el caso, por ejemplo, del nunca aclarado enfrentamiento de Popo Park

que costó la vida de varios universitarios, entre ellos a Dení Prieto Stock.

No todo era zozobra. En ese 1974 había también ese extraño orgullo del principio esperanza recuperado: junto a la revisita a las reflexiones ontológicas sobre “lo mexicano”, entre los liberales de izquierda renació el gusto por las artesanías finas y por las etnologías, por el regreso a los dioses y a la literatura antropológica, a la música heredera de Revueltas y de Chávez, a la inclinación ética por encontrar los caminos del compromiso social como asignatura pendiente de la Revolución. Hacia fuera también se estaba atento. Muy poco después, me acuerdo, la Unidad Popular chilena sería herida con el golpe de Estado al presidente Salvador Allende. El golpe fulminante se sintió, para esta primera generación posterior al 68, como en carne propia.

Más bien despreocupados, ese soleado 3 de febrero del 74 Citlali Marino y yo, estudiantes de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, nos acercábamos a las escaleras del vestíbulo del Museo de Antropología. No era la primera vez que nos encontrábamos ahí por las mañanas, para enfilarse hacia la biblioteca y hacer tareas, o para meternos a alguna clase de la Escuela de Antropología; aprovechábamos, muchas veces, para platicar, sorprendidos en sus rumbos

* Museo Nacional de Historia, INAH.



Quicūq; hāc regu-
lā securi fuerit: par
lupillos? misericor
dia dei. Paul⁹. ad
gal. vj. capitu.

Regla christiana

breue: pa ordenar la vida y tpo dī xpiano q̄
se qere saluar y tener su alma dispuesta: pa
q̄ Jesu xpo more en ella. Impressa por mā
dado del reuerendissimo Señor dō fray
Juā cumarraga primer Obispo de N. e
rico. Del consejo de su Magestad. ꝛc.

del inframundo en el Museo, con los paternos antropólogos físicos Anselmo Marino y Arturo Romano.

Sólo que ese día no seguiríamos la rutina. Teníamos una cita; estábamos nerviosos, pues no se trataba de una visita de cortesía. Esta vez íbamos a visitar a la maestra Alicia Olivera en su reducto, el cuarto sin ventanas del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Nos recibió, puntualmente, sentada en el escritorio de metal gris opaco que, me parece, aún se usa en ese pequeño y demasiado caliente depósito de consulta. Con su característico tono de voz delgada y clavándonos esa característica mirada inquisidora y brillante de sus ojos chiquitos, nos explicó las necesidades de apoyo del servicio social requerido por el Programa de Historia Oral del Centro Sur del país. A un lado, en silencio, nos escrutaba también la mano derecha de la maestra Alicia, Laura Espejel, historiadora que entonces repartía su tiempo y sus abundantes lealtades entre el programa de Historia Oral y el Fondo Reservado en la bóveda de manuscritos de la otra biblioteca, la Nacional que custodia la universidad. Se nos remarcó la seriedad exigida a nuestro compromiso. Se nos explicó también eso que se llamaba historia oral, materia ausente en los cursos de la facultad.

Escuchamos, escuché. Entonces se me abrió el mundo: el Instituto Nacional de Antropología e Historia buscaba aprendices de historiador que apoyaran a las investigadoras Alicia Olivera y Eugenia Meyer, famosas y queridas por sus alumnos, enfrascadas en los mismos afanes pero en dos riberas opuestas de la misma corriente, que a la postre demostró demoler la roca del escepticismo. Se trataba, en fin, de ayudar al rescate de las historias personales de los protagonistas de la Revolución mexicana. También, con menos ahínco pero sin soslayo, recuperar de viva voz las narraciones autobiográficas de esos otros personajes que estaban fuera del horizonte político visible al mediodía echeverrista: los católicos militantes involucrados en el conflicto religioso de 1926-1929. La maestra Alicia nos aleccionó sobre las

infinitas destrezas exigidas con seguridad a los historiadores del futuro; también aconsejó del necesario escrúpulo que se finca en la discreción: las entrevistas revelaban opiniones personales que no debían ser pasto de insaciables y poco prudentes periodistas amarillos. Se trataba, por lo pronto, de revisar las transcripciones, elaborar índices, cubrir lagunas en la interpretación que la transcriptor hacía de las entrevistas grabadas en cintas magnetofónicas y hacer un resumen guía para su consulta. Y había que prepararse para ello: leer, de entrada, a los historiadores de la Revolución, principalmente a Silva Herzog, John Womack, Sotelo Inclán..., además de los clásicos de la historiografía sobre el porfiriato, lecturas de cualquier manera obligatorias en la escuela, y que por supuesto yo ni siquiera había hojeado o que desconocía por completo. Y leer también el artículo sobre historia oral que Eugenia Meyer y la misma maestra Alicia habían publicado en la prestigiosa revista *Historia Mexicana* de El Colegio de México.¹ De paso, habría que leer el libro pionero *Aspectos del conflicto religioso en México de 1926 a 1929*, y el más pequeño y no menos sugerente *La literatura cristera*, publicados por el INAH en aquella serie de pastas color crema con la imagen a línea de Ehécatl Quetzalcóatl del Códice Borbónico como sello editorial, y las entrevistas publicadas con el veterano zapatista doctor Juan Olivera, hecha por Eugenia Meyer, o con el ideólogo católico Miguel Palomar y Vizcarra hecha por la maestra Alicia, o la del sabio Wigberto Jiménez Moreno, entre otras. Nos dijo todo eso, me parece, en menos de 60 minutos.

Escuché y se abrió el mundo de la historiografía. Sin adivinarlo, la decisión que tomaría la siguiente hora marcaría los rumbos que darían perfil a mi vida profesional los siguientes 35

¹ Eugenia Meyer y Alicia Olivera de Bonfil, "La historia oral: origen, metodología, desarrollo y perspectivas", en *Historia Mexicana*, vol. 21, num. 2, 82, octubre-diciembre 1971, pp. 372-387

años. Se ajustaría la naturaleza de las cosas en mi microcosmos personal.

Y me permito hablar en primera persona porque este recuento historiográfico es parte del testimonio que hago de una amplísima biografía intelectual que me modeló, la que dibuja a la persona sin duda más influyente en mi vida adulta: la maestra Alicia Olivera. Hay, pues, legitimidad en este atrevimiento: soy discípulo, testigo e hijo de la maestra Alicia, como siempre la hemos llamado sus amigos y compañeros.

Un mes después ya estábamos instalados en la mesa, demasiado chica, que daba de frente a la de la coordinadora maestra Alicia, a la derecha de la mesa, siempre cargada de cintas y libros de Laura Espejel. Tres días por semana, cuatro horas por día. Revisar las entrevistas recientemente transcritas por una inteligente, eficiente, nerviosa, extremadamente delgada, fumadora empedernida, quejumbrosa y siempre a punto de estallar secretaria transcriptor, Dolores Castañeda. A Citlali Marino le tocaron las de los viejos zapatistas, con quienes tenía afinidades ya antiguas por sus raíces sureñas; a mí, las de los católicos, insospechados protagonistas de la historia del siglo XX y que mi ignorancia, hasta antes de descubrirlos en el Programa de Historia Oral, había despachado debida e injustamente embalsamados a los años de la reforma liberal juarista.

Comencé con Joaquín Sáenz Arriaga, jesuita ultramontano, con su discurso difícilmente persuasivo, cargado de citas eruditas de autores de jurisprudencias cristianas y de polemistas tridentinos. Larga entrevista pedida por el padre Sáenz, y llevada con paciencia por una historiadora que a todas luces no simpatizaba con las posturas demasiado radicales en la tradición —aunque nada arcaizantes, y por eso peligrosas— de su interlocutor. Aprendí —válgame la blasfemia— un demonio con esta entrevista. Después tocó el turno al mucho más accesible —y me atrevo a decir que también entrañable, por qué no— jefe cristero de Cotija, José Guizar Ocegüera. Hombre de palabra fácil y buena me-

moria para los hechos de armas, don José era de estirpe católica afamada: sus parientes eran ni más ni menos los Guizar y Valencia, jefes queridos por su grey, sabios y, alguno de ellos, muerto en olor a santidad, cuerpo incorrupto, cargado de poderes taumaturgos que lo hacen venerarlo como reliquia milagrosa; y el enjundioso jefe supremo de los cristeros del sur de Jalisco, Jesús Degollado Guizar. Las notas al pie que requirió la transcripción me obligaron a no postergar más la lectura del libro *Aspectos del conflicto religioso...*, y de una media docena más que generosamente me surtió la maestra Alicia, entre los que se encontraban los del martirologio mexicano de Rius Facius, los exculpadores e insufribles textos de René Capistrán Garza y todas las pequeñas, honestas y sencillas semblanzas biográficas cristeras aparecidas en los varios tomos del *David*, órgano oficial de la Legión de Honor, veteranos de la guerra cristera que editó Aurelio Acevedo hasta su muerte acaecida por estos años de mi aprendizaje. Un par de años más tarde, Jean Meyer se volvió la otra lectura indispensable.

Pronto me dediqué a los zapatistas, con la creatura más lograda de la maestra Alicia: Laura Espejel, tal vez la historiadora del zapatismo que más los conoció en primera persona, quien más los ha estudiado y extrañado; más de alguno le propuso matrimonio y a todos, hombres y mujeres, escuchó y ayudó con esa aplicación suya que le es característica; a muchos acompañó hasta su muerte. Sin embargo, algunos años después y sin esperarlo regresé a los cristeros de la mano segura de la maestra Alicia. Hicimos juntos entrevistas con el general y doctor José Gutiérrez y Gutiérrez, de Jalostotitlán en Los Altos de Jalisco, y con el mayor e ingeniero Efrén Quezada, también alteño; ambos de las fuerzas del general Bouquet. El primero de ellos, hombre de piel ceniza, siempre de traje oscuro que acentuaba su delgadez, pulcro, reservado, había publicado hacía poco sus memorias en dos volúmenes con documentos y fotografías; el reto era hacerle una

entrevista que no repitiera lo ya consignado por escrito, sino que lo complementara con opiniones, precisiones, con rastros nuevos que habían escapado a su excelente memoria, con interpretaciones de quien no tiene nada que perder y sí mucho que mostrar sobre la dignidad humana y el apego a sus principios —nos gustasen o no— derrotados en una guerra y aun traicionados por la institución que los debía cobijar, la Iglesia. Por su lado, el ingeniero Quezada parecía ser el opuesto del doctor Gutiérrez. Muy blanco y alto, fornido, siempre risueño y amable, lleno de energía y de gestos juveniles que escondían su edad septuagenaria, Quezada brindó una entrevista muy abierta y sencilla, cargada de anécdotas y juicios. Los libros de Jean Meyer ofrecen varias fotografías en las que se descubre a Efrén Quezada con su traje militar en plena campaña, atacando y retirándose en los laberintos cerriles de la geografía de Los Altos. Ambos personajes coincidieron en muchos puntos, aprovechados correctamente por la maestra Alicia en varios de los ensayos que nos ha regalado durante las Jornadas de Historia de Occidente organizadas con rigor por Luis Prieto. Arbitrariamente destaco tres: las dificultades al interior del grupo rebelde cristero por las disímiles, agresivas y dominantes personalidades de los jefes regionales, Victoriano Ramírez alias “El Catorce”, y los padres Reyes Vega y Aristeo Pedroza; el papel del general Enrique Gorostieta y Velarde en el propósito, frustrado por la guerra, de unificar al movimiento y plantear una Constitución política distinta a la de 1917; y la mala jugada política de las jerarquías eclesiásticas en 1929 al firmar los “arreglos” en el Castillo de Chapultepec sin consensar con los combatientes. Para muchos de ellos fue una suerte de traición. Al momento de hacerles las entrevistas, según me parece, buscaban ellos explicar la historia que habían vivido, no ajustar cuentas con el pasado.

Por esas mismas fechas, hacia finales de la década de 1970, la maestra Alicia se asoció con la musicóloga Irene Vázquez. El resultado de ese

compañerismo fue un disco de corridos cristeros, interpretados por músicos y corrideros pueblerinos. El libro *La literatura cristera* se desdobló en un interesante producto con sello editorial y discográfico del INAH.

Permítaseme ahora hacer un repaso a los temas estudiados por la maestra Alicia utilizando la historia viva recogida entre los católicos y cristeros. Por supuesto este desfile será magro; sólo toco aquellos que me parecen ejemplificar la coherencia intelectual de quien construyó una fuente de investigación para la interpretación de las realidades pasadas.

Sin duda una de las más fructíferas líneas sería señalada por la maestra Alicia para ejercer en una historia que no hacía mucho había adquirido ese rango: la del conflicto religioso de 1926 a 1929, y en particular a uno de sus efectos, la guerra cristera. Explicó alguna vez que más o menos

[...] a partir de los años sesenta en adelante el estudio del conflicto religioso y de la rebelión cristera son ya *lugar común* en el campo de la investigación histórica contemporánea; anteriormente ni siquiera era considerado como tema de nuestra historia. Este curioso fenómeno no es raro: tradicionalmente los autores de la *historia oficial* casi siempre pagados por el gobierno en turno, han tendido a ocultar lo que no es *conveniente* a los ojos del pueblo o bien han procurado modificar adecuadamente los sucesos, de suerte que sean beneficiosos de algún modo al grupo en el poder. Se menciona y se pondera el estudio de figuras, hazañas y proezas, aprovechables para sus respectivos proyectos; los personajes son siempre de una pieza, sin falla, sin mancha, sin titubeos, tan poco humanos como sus efigies de bronce. Es natural entonces que un episodio como la rebelión cristera, por sus implicaciones religiosas y porque fue un movimiento de contrarrevolución, se ocultara y no apareciese mencionado en ningún

libro o programa de estudios de historia. Era necesario ocultarlo o que le cayera polvo encima: era un *tema tabú*.²

Pero la maestra Alicia hizo algo más que tratarlos como sujetos de historiografía: rescató sus voces para legar los relatos en primera persona, con sus modismos e inflexiones, a quienes con el tiempo, sin esa herencia seguramente los olvidarían.

Las preguntas que estaban detrás de este proyecto de rescate testimonial y de investigación básica eran simples, y por tanto, con posible respuesta: ¿qué había sucedido entre 1926 y 1929? ¿Por qué la ciudad de México había vivido su tercer *interdicto* o “entredicho” con la iglesia —las otras dos fueron en 1526 con Zumárraga, en 1624 con Pérez de la Serna, y la de 1926 con Mora y del Río, como nos recordaba Manuel Toussaint—, lo que la hacía única en la historia del Occidente cristiano? ¿Por qué este entredicho se extendió geográficamente a las zonas no nucleares de la Revolución mexicana? ¿Por qué se recordaban los tiempos en los que se bautizaba, confesaba, casaba y se efectuaban los rituales católicos clandestinamente en un país de mayoría católica? ¿Por qué mecanismos culturales pasaba como natural el uso de imágenes religiosas en todos los bandos de las guerras civiles mexicanas, desde la Independencia hasta los cristeros? ¿Tuvo que ver el conflicto religioso en el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón, precisamente en la fecha en que se preparaba el homenaje luctuoso a Juárez? Por cierto, ¿quiénes eran los cristeros? ¿Qué país imaginaban? ¿Tuvieron la propuesta de una Constitución como cuerpo de leyes de aplicación nacional con una perspectiva católica? ¿Qué papel jugaría la Iglesia en este Estado nacional imaginado?

En su ahora clásico libro *Aspectos del conflicto religioso en México...* escribió que la pugna entre

la Iglesia y el Estado derivaba de manera indirecta de un largo distanciamiento de casi sesenta años —desde el mediar del siglo XIX—, distanciamiento que había marcado las costumbres políticas en tres generaciones de mexicanos; pero, sin duda más inquietante, su origen más inmediato se entendía en la definición del perfil del Estado republicano delineado en la Revolución mexicana. Su genealogía se extendía a un origen menos viejo de lo que se argumentó en su momento: no eran trasnochados conservadores a los que la ineficacia política porfiriana toleró en silencio, sino hombres jóvenes, políticamente activos, que no aceptaban el resultado de la guerra revolucionaria y de la aplicación de su nuevo código legal. Desde su punto de vista, afectaba varios de los rasgos que les daban identidad, como las formas de relación entre patrones y peones, entre dueños de tierras y sus medieros, aparceros y jornaleros, en la educación religiosa, en la proyección de los sacerdotes como autoridades políticas —esto es, no sólo como guías espirituales—. Escribió la maestra Alicia que el conflicto

[...] se inició a raíz de la promulgación de la Constitución de 1917, que en sus artículos 3, 27 y 130, principalmente, limitaba y restringía tanto el número de sacerdotes como sus derechos y atribuciones. Desde entonces se hicieron más profundos aún los desacuerdos, manifestados sobre todo por el episcopado mexicano en diferentes formas: protestando ante las cámaras por escrito o desde el púlpito, así como en declaraciones públicas de prelados de alta jerarquía. Desde entonces también los católicos laicos se empezaron a organizar en forma más efectiva en agrupaciones cívicas como lo fueron la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), la Unión de Damas Católicas Mexicanas, los Caballeros de Colón, la Confederación Católica del Trabajo, la Unión Popular de Jalisco (la U),

² Alicia Olivera de Bonfil, *Tres jefes cristeros*, México, 1986, p.143.

etcétera [...] La primera acción conjunta de los católicos contra el gobierno fue la organización de un boicot general que pretendía paralizar la vida económica de todo el país para hacer caer al gobierno encabezado entonces por el general Plutarco Elías Calles.³

De las entrevistas la maestra Alicia ensayó la biografía comparativa de varios jefes y dirigentes sectoriales y regionales, para conjeturar que la ausencia de caudillos militares de proyección nacional hacía, en ese renglón, atípico al movimiento cristero en el conjunto de revoluciones mexicanas de los siglos XIX y XX. Al delinear el perfil de Victoriano Ramírez, “El Catorce”, las opiniones de José Gutiérrez y Efrén Quezada pesaron tanto como la de Palomar y Vizcarra en la identificación de los rasgos políticos detrás del argumento de sentirse perseguidos por sus creencias religiosas. En este terreno de lo político no eludió tocar el concepto de guerra. Cito:

La justificación que se dio para la participación activa de católicos y sacerdotes en este movimiento fue lo que ellos llamaron *la defensa de la religión y de los derechos esenciales del hombre*, que dio lugar a que aprobaran posteriormente la acción armada; pero sobre todo legitimó el magnicidio, o como también le llamaron en aquel tiempo el *tiranicidio* con objeto de evitar el inútil derramamiento de sangre inocente, atacando directamente el foco del problema: era la *guerra sintética*.

Entre las cabezas visibles que se dieron a conocer en ese momento, la de Victoriano Ramírez es la que nos parece más representativa del modo de pensar y sentir del contingente más numeroso y más definido que participó en el movimiento cristero. Es por ello que a pesar de que no emitió ningún

proyecto político, ni plan de acción militar definido, es el que nos parece que tuvo mayores posibilidades de ser caudillo de este movimiento por su gran popularidad y aceptación entre el sector campesino, el más importante y nutrido que participó en el movimiento cristero, y por eso mismo fue eliminado.⁴

A lo largo de los años ha señalado algunas líneas a investigar. Baste por ahora recordar la de la iglesia del padre Joaquín Pérez, extraño sacerdote católico mexicanista, por ejemplo, que entre otros está en la base del ensayo de Ricardo Pérez Montfort “La Iglesia cismática mexicana de 1925 o las pugnas del nacionalismo”, texto de 1990 que el doctor Pérez Montfort dedicó a la maestra Alicia; o el de Guadalupe García Torres, “El movimiento cristero en la memoria colectiva de los pueblos: Jiquilpan, Cojumatlán y Sahuayo”, o el capítulo sobre la guerra cristera en la región de la Ciénaga michoacana de Chapala, del libro que sobre esa zona escribimos Guillermo Ramos y yo, claramente herederos de los estudios de la maestra Alicia.

Ahora toquemos líneas paralelas al estudio coyuntural de 1926 a 1929. El padre Joaquín Sáenz Arriaga fue una sorpresa. Se trataba de un sacerdote nacido en 1899 en Morelia —ciudad “que puede ser tan católica o tan liberal como su propia historia lo ha demostrado”, como escribió la maestra Alicia en su ensayo biográfico sobre este personaje—, de formación y vocación jesuita, congregación a la que sirvió y con la que después rompió, políticamente muy activo, conservador dentro de las distintas corrientes de la Iglesia, cismático al oponerse a la práctica del cristianismo marcada por el Concilio Vaticano II, enemigo y detractor del papa Paulo VI y excomulgado por la arquidiócesis de México en diciembre de 1971 luego de haber

³ *Ibidem*, p. 146.

⁴ *Ibidem*, p. 147.

publicado libros en los que afirmaba que Paulo VI, Giovanni Battista Montini, era un papa espurio que había “protestantizado” a la Iglesia de Roma. Sáenz Arriaga se definía a sí mismo como “tradicionalista”, anticomunista y promotor del regreso a la línea constantinopolitana y tridentina del catolicismo. En su entrevista reitera que desenmascaraba un complot que unía a Roma con el Kremlin y Wall Street; por supuesto, ya lo adivinan ustedes, los agentes de la conspiración eran masones y judíos. También adivinarán que el padre Sáenz estaba en la trinchera contraria a la teología de la liberación, a los radicales de Gregorio Lemercier y al pastor de almas y obispo Sergio Méndez Arceo. Hoy ustedes lo adivinan, pero yo, en 1974 apenas sabía de las reformas que sufría una iglesia mexicana que criticaba su conformismo y su falta de compromiso social; menos aún que en ese debatir la bandera de la militancia era levantada por los tradicionalistas de Lefebvre y Sáenz Arriaga apoyados por la prensa afín a la derecha mexicana, que veía enemigos marxistas en todo aquel que no pareciera “Benito abusadito” —el equivalente sesentero de los *nerds*— y en los revolucionarios de Lemercier, o los reformistas del CENCOS que dirigía José Álvarez Icaza. La intensa actividad de la maestra Alicia en torno a la entrevista con Sáenz Arriaga proyectó la voz de un hombre de ultraderecha (silenciado por la misma Iglesia); y en ese entonces, a mí me abrió los ojos a una realidad política más violenta, agresiva y rencorosa, tejida de fanatismos indescifrables, que las de atestiguadas militancias estudiantiles de las izquierdas variopintas, hechas muchas veces de ingenuas y queribles voluntades solidarias.

Sáenz Arriaga parecía ser un monstruo; y yo creo que lo era. Sin embargo, la maestra Alicia supo ver la distancia entre los años florecientes y los postreros de ese hombre que adivinaba el final de su vida y de sus pasiones muy pronto; era un viejo sacerdote que buscaba su lugar en la historia. Y sin complacencias, la maestra Alicia

lo entrevistó sin prestarse a ser vehículo del autoelogio ni de la expiación. Explicaría que lo conoció en 1973

[...] y aceptó otorgarnos una entrevista que finalmente se convirtió en ocho, para darnos a conocer tanto su actuación como su posición dentro de la Iglesia antes y después de su excomunión. Él se encontraba ya muy enfermo, estaba en cama, y sin embargo su actitud era fuerte y combativa, y no se notaba en absoluto que estuviese arrepentido. [...] En ese momento tenía 74 años de edad y poseía una notable claridad de mente, así como una precisión asombrosa en los datos que aportaba; falleció tres años después.

La maestra Alicia anotó que el “tradicionalismo” del padre Sáenz Arriaga no desaparecía con su protagonista más connotado, sino que “aun existe y sigue actuando en todo el mundo”. A poco más de dos décadas de distancia de haber sido expuesta, esta sentencia es por lo menos razonable.

A pesar de lo que pudiera pensarse, el moreliano padre Sáenz Arriaga no comulgaba con los cristeros; era un hombre de Iglesia, y sus batallas personales las libró dentro y, en su excomunión, en torno a esta institución. La independencia estructural de los grupos cristeros y sus asociaciones afines, así como la autonomía de movimientos a que la guerra les urgía, hacía de los cristeros bajo la lente del padre Sáenz, una masa informe y peligrosa de descontentos con fundamentos ideológicos clericales, pero no religiosos ni institucionales. El padre Sáenz confesó a la maestra Alicia que “afortunadamente no triunfaron los cristeros”; cuando preguntó el porqué de tan tajante afirmación, le contestó: “porque carecían de un programa de gobierno y porque no tenían cuadros políticos adecuados para ocupar el poder que en aquellos momentos requería el país”.

Pero el padre Sáenz estaba en un error al imaginar que los cristeros eran sólo una masa armada

de campesinos obedientes a un cura pueblerino —como imaginó Luis González a las huestes de Hidalgo en 1810—. Y es que sí hubo, cuando menos entre algunos grupos y regiones —como los de Los Altos de Jalisco con Enrique Gorostieta y con Jesús Degollado Guízar—, planes políticos y proyecciones de sociedad y gobierno alternativos, basados en los lineamientos ideológicos marcados por los ideólogos como Palomar y Vizcarra; o los del gobierno cristero de la Unión Popular encabezado por Miguel Gómez Loza, también en Jalisco. Uno de ellos, sin duda extremoso, fue el de los del sur de la zona controlada por Pedro Quintanar y su subalterno Aurelio Acevedo. Y de este proyecto trata el trabajo más reciente sobre este tema entregado por la maestra Alicia. Pues no todos los jefes cristeros eran simples caudillos militares o curas habilitados como soldados de Cristo rey, encargados de movilizar a sus tropas en la doble geografía visible de las sierras e invisible de las almas, santos y Trinidad. Nada de eso. De hecho, una radical propuesta de comunidad cristiana perfecta —ruda perfección, podría yo adelantar, que no tenía mucho de paradisíaca y nada de placentera— fue ideada y programada por estos émulos de los macabeos.

Hacia 1975 o 1976 la maestra Alicia decidió donar al Museo Nacional de Historia, lugar que nos recibió luego de la salida de la Biblioteca Nacional de Antropología, su colección de varios números del periódico cristero *Peoresnada*, fundado por el padre José Adolfo Arroyo. Nombre que casa a la perfección con lo que es: curiosa colección de papeles de china escritos a máquina, de las que se llegaban a tirar cuando mucho algunas decenas de ejemplares por número. Puedo decir que década y media más tarde, ya en el siglo XXI y en la Dirección de Estudios Históricos, la maestra Alicia, Víctor Ruiz Naufal y la colaboración de Amparo Gómez hicieron posible la publicación por el INAH de todos los números del este periódico, cuya singularidad y materiales arriesgaba perder para el conocimiento histórico moderno una notable propuesta utópica. Extraña utopía

católica, fraguada al calor de la guerra cristera. En su estudio introductorio, la maestra Alicia explica la existencia del *Peoresnada* y de su proyecto de catolicismo —una suerte de Tabor, comunidad de costumbres estrictas y totalmente ajena a los conceptos de patria y patriotismo, Estado y nación. Resguardado durante años en los archivos civiles y militares de los cristeros del norte de Jalisco y sur de Zacatecas, conservados por el coronel del Regimiento de Valparaíso, perteneciente a la Brigada Quintanar, “y después gobernador cristero de Zacatecas”, Aurelio Acevedo, el *Peoresnada* transmitía una línea política propia —y seguramente no avalada por la jerarquía eclesiástica de la época, si es que la conocieron—, en la que se proponía “crear un Estado autónomo, con su propio gobierno y sus propias leyes basadas en una ideología social católica y en un particular concepto de justicia”.

En un ensayo preliminar a la publicación del *Peoresnada* escribió que el

[...] movimiento rebelde de Zacatecas manifestó desde el principio unas cuantas ideas bastante definidas acerca de cómo debía sustituirse la forma de sociedad en que vivían por una sociedad nueva, y de estas ideas las que más destacaban eran las que se referían a la “libertad religiosa”, que sentían amenazada, y a un cambio de poder: los viejos dirigentes debían ser arrancados de sus posiciones y la clase o grupo rebelde debía apoderarse de ellas y entonces llevar a cabo una serie de medidas, como podrían ser: la redistribución de la tierra, la nacionalización de los medios de producción o, lo que fue en este caso, la imposición de un gobierno basado en la ideología católico-social. Lo que percibimos a través de la lectura del *Peoresnada*, podríamos calificarlo como una especie de milenarismo que manifiesta la esperanza de un cambio completo y radical del mundo por otro limpio de todas sus deficiencias presentes, pensamiento que, tal

como lo manifiestan, tiene mucho de utópico y poco de práctico.⁵

Pero no se trataba de ingenuidad política. Rastreando en el archivo de Aurelio Acevedo, la maestra Alicia encontró que los cristeros de Huejuquilla y Valparaíso no se andaban por las ramas. Acevedo organizó un congreso constituyente para establecer “una nueva ley y un gobierno civil fuerte y justo” en el “primer territorio libre de la República Mexicana”. Dice la maestra Alicia que ese contexto de 1927 y 1928 se publicó un folleto llamado

Junta Regional de Autoridades Administrativas y Judiciales, celebrada por el Ejército Libertador en Mezquitic, Jalisco, en mayo de 1928 a iniciativa del Regimiento Valparaíso. El Congreso de Mezquitic elaboró una Ordenanza General que contenía siete capítulos y cincuenta y cuatro artículos, entre los que destacan: el III, que se refería al nombramiento de las autoridades; el IV, sobre el registro civil; el V, sobre justicia; el VI, sobre la defensa regional; y el VII, sobre las autoridades militares, las que, mientras durara la guerra, deberían estar sometidas a las judiciales, y quedaban autónomas y efectivas las autoridades administrativas, todo esto sin llegar a una división de poderes que podría resultar peligrosa.

Hace unos años, en 2003, la maestra Alicia ofreció un meditado balance de la relación entre la Iglesia y el Estado en México en el siglo XX, y en particular del movimiento de los cristeros y de la guerra civil que se comprometió entonces. Por cierto, siempre se cuidó de no aplicar el apellido de “cristiada” a dicho conflicto, para evitar lecturas anacrónicas con “cruzada” y su carga de épica de

⁵ Alicia Olivera de Bonfil y Víctor Manuel Ruiz Naufal (eds.), *Peoresnada, periódico cristero. Julio de 1927 a abril de 1929* (transcripción de Amparo Gómez Tepexicuapan), México, Conaculta-INAH (Fuentes), 2005.

destino manifiesto —el anacronismo es el peor pecado de un historiador; diría hace medio siglo Edward Hallet Carr—, ni se acercó a la idea de que fuese en alguno de sus aspectos una bizarra “grandeza mexicana”; no podía serlo una guerra en la que intolerancias, ausencia de diálogo y crueldades contra combatientes de uno y otro bando fueron parte de la rutina bélica, por más que no faltaron actos de nobleza y buen sentido político. Escribió entonces la maestra Alicia que el

[...] saldo de esta contienda puedo calificarlo como dramático. En 1960, hace ya 43 años, conocí y traté de cerca, durante casi dos años, a dos sobrevivientes de la lucha cristera, personajes cuya participación fue muy importante. Uno de ellos, el licenciado Miguel Palomar y Vizcarra, como intelectual y organizador de la lucha desde sus inicios hasta el final y después, a través de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, de la que fue fundador y cuyo archivo tuvo en custodia durante varios años, permitiendo su microfilmación y donándolo finalmente al Archivo Histórico de la UNAM. El otro fue [...] el general retirado Aurelio R. Acevedo, quien [...] fue el jefe del regimiento Valparaíso y tuvo participación muy activa en la organización de la lucha armada en su región y en la del Congreso de Mezquitic, que dio al movimiento un programa de lucha y otro de gobierno independiente. A ambos personajes los percibí no sólo amargados sino frustrados por haber participado en un movimiento en el que pusieron todo su entusiasmo y sus fuerzas, y por el que finalmente se sintieron traicionados al darse la orden de la “ominosa amnistía”, al llevarse a cabo los arreglos del 21 de junio de 1929 que, sin tomarlos en cuenta, pactaron, por una parte, los representantes de la alta jerarquía eclesiástica, arzobispo de México Pascual Díaz y Barreto, y el delegado apostólico Leopoldo Ruiz y Flores, y por el otro el gobierno representado por el licenciado Emilio Portes Gil, arreglos que aparte de no haber

tenido un protocolo oficialmente reconocido, tampoco dieron solución a las causas que los habían llevado a la lucha.⁶

Para terminar este desfile de ideas sueltas, quiero atajar el previsible comentario de la maestra Alicia sobre los estudios en torno a las relaciones de la Iglesia y el Estado; lo ha dicho reiteradamente en los últimos veinte años: “Yo ya no quiero tocar este tema, porque es hora de oír a los nuevos, a los jóvenes [...] Yo ya estoy pasada de moda, ya déjenme en paz”. Pero los cristeros, como los zapatistas, fueron como la mordida del pato entre los estudiosos de los jeroglíficos egipcios: una vez que te pica, acabas rindiéndote a sus demandas. Estoy convencido, por eso, que pronto veremos a Alicia retomar el tema de la literatura cristera, basándose en la magnífica biblioteca que tiene sobre este tema, y regresarán los cristeros por sus fueros historiográficos y antropológicos, productores de cultura popular regional.

No puede ser de otra manera, por otro lado: “la historiografía es el cuento de nunca acabar”,

según afirmó Braudel. Y aunque hace medio siglo comenzó el camino de la maestra Alicia con el sabio Jiménez Moreno, más de cuatro décadas de haber tenido contacto con Miguel Palomar y Vizcarra, otro tanto de haber comenzado a entrevistar zapatistas y muy poquito menos que la fuimos a visitar a la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia una mañana del día de la Candelaria, todavía hay brecha por desbrozar. Hoy es natural hablar de los cristeros y del cierre de los templos como un episodio histórico, lo mismo que de historia oral como técnica y como método de investigación legítimos. No lo era antes de que la maestra Alicia, Eugenia Meyer, Laura Espejel y otros nombres (no quiero ser injusto y mi memoria es flaca, pero están sus registros escritos; ustedes disculparán) abrieran esos particulares senderos. Seguramente, siguiendo su instinto natural de historiadora, encontrará temas y modos que ni siquiera hemos imaginado todavía para conocer, con otras perspectivas, nuestro pasado. Así que estaremos esperando.

Felicidades, maestra Alicia. Muchas gracias.

⁶ Alicia Olivera de Bonfil, *Emilio Portes Gil, un civil en la Revolución mexicana*. Ciudad Victoria, Instituto Tamaulipeco de Cultura, 1989.

Aqui comiença vn vocabula-
no en la lengua Castellana y Mexicana, Compuesto
por el muy reuerendo padre fray Alonso de
Molina: Guardia del couento de sant Antonio de
Tetzcuco de la orde de los frayles Menores.



Sidorum nimia te fecit prole parentem.
qui genuit moriens, quos pater alme foues.
Confixus viuis, langues: cum mente reuolus.
vulnera, cum spectas, stigmata carne geris.